

"Páginas en blanco. El 11 de septiembre en La Moneda"

La muerte de Allende

15 de septiembre de 2001. *Punto Final*.
5 páginas.



"Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigamos sabiendo ustedes que, mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor". Salvador Allende

Salvador Allende muere en La Moneda el 11 de septiembre de 1973, alrededor de las 14 horas. Solo, en el Salón Independencia, en medio de las llamas y el humo que avanzan por el viejo edificio. Una bala de fusil destroza su cabeza. Ha ocupado sus últimos minutos en asegurar que los defensores del palacio de gobierno puedan abandonarlo, especialmente las mujeres. Antes ha hablado al país, entregando su último mensaje por los micrófonos de radio Magallanes. En medio de disparos, acosado por tanques y artillería ha encabezado la defensa del principal símbolo de la institucionalidad democrática. Los aviones Hawker Hunter de la Fach ya han bombardeado el palacio penetrando con sus rockets las murallas y techos de La Moneda, lo que provoca un

incendio incontenible. Allende está muerto.

El impacto de su muerte es instantáneo al saberse la noticia por los soldados que invaden el recinto. Desde el Ministerio de Defensa, el almirante Patricio Carvajal, uno de los jefes del golpe, informa a Pinochet -en Peñalolén- y a Leigh -en la Academia de Guerra de la Fach-. Lo hace en inglés, para eludir -ingenuamente- oídos indiscretos. Comunica: "ellos (los oficiales de ejército) dicen que Allende se suicidó y está muerto". La noticia corre por el mundo. La mayoría piensa que Allende ha muerto asesinado por los golpistas en medio de las ruinas de La Moneda. Unos pocos creen en el suicidio. Son los que mejor lo conocen y saben de sus rígidas pautas de dignidad y honor.

Como Balmaceda, Allende ha muerto por mano propia como acusación perpetua contra sus enemigos, antipatriotas y traidores. Ha sellado con su sangre -además- su mensaje final de esperanza. El tiempo se encarga de confirmar el suicidio, que hoy se considera establecido históricamente. Sin embargo, aún no todos los chilenos se convencen. En los sectores populares un alto porcentaje de hombres y mujeres -la mayoría jóvenes- cree que Allende fue ejecutado por los militares. Una encuesta encargada por el Instituto de Psicología de la Universidad Católica este

año, señaló que el 49,1% de la población creía que lo mataron. Entre las personas que se identificaron como de Izquierda apenas un 35,5% pensaba que se suicidó.

En un libro que acaba de aparecer: *"Páginas en blanco. El 11 de septiembre en La Moneda"*, escrito por un equipo de investigadores encabezado por la Dra. Paz Rojas (Ediciones B) hay una interesante reflexión en torno al suicidio del presidente Salvador Allende, como acto deliberado de ejemplaridad histórica y sentido trascendente, que incluimos en forma resumida, con subtítulos de PF. Junto con Paz Rojas en este libro trabajaron Viviana Uribe, María Eugenia Rojas, Iris Largo, Isabel Ropert y Víctor Espinoza.

Suicidio en La Moneda

Durante años la Izquierda chilena no ha sabido interpretar el gesto simbólico de Allende y le fue más fácil negar la posibilidad de su suicidio y constituirlo en la primera víctima de la dictadura militar. Esto, seguramente, porque el suicidio, en general, tiene una connotación negativa ligada a la concepción que de él tiene el discurso cristiano-occidental. No obstante, se olvida que en otras culturas y concepciones de mundo, esto no es así. En muchos casos el suicidio es un acto de máximo valor y honor, al que acceden muy pocos hombres.

Sin duda, Allende cometió suicidio, acción definida por la psiquiatría ya sea como un acto racional ejecutado en función de consideraciones morales, sociales, religiosas, filosóficas, personales o bien por el contrario, como un acto patológico. El significado y trascendencia de este acto, de Salvador Allende con su inmolación reflexiva, no precisa de especulaciones, sino de directas constataciones de lo que fue su vida y su propia muerte. Eligió la muerte de sí mismo, por sí mismo. Acto considerado por médicos y algunos filósofos, como un acto supremo de libertad humana "es el acto de matarse, de una manera, habitualmente consciente, tomando la muerte como un fin". A lo largo de la historia las personas han deseado siempre, tener el derecho a elegir su vida, y también su muerte. El derecho a morir con dignidad.

Fue especial sin duda, en la historia política de Chile y tal vez, porque ese acto siempre catalogado como anormal e históricamente condenado, se transformó en un acto ejemplar, de gran trascendencia ética, pues si la muerte ella misma, es un absurdo es irrepresentable durante la vida, Allende planteándola como un futuro, le confirió enorme significado.

La Comisión Verdad y Reconciliación se refirió en estos términos al suicidio de Allende. "La Comisión no ha juzgado pertinente ni posible intentar calificar la muerte del Presidente Allende con arreglo a los criterios que debió elaborar para el estudio de los demás casos. Al afirmar esto, no está la Comisión eludiendo su responsabilidad".

La Comisión al no considerar al presidente Salvador Allende víctima de las violaciones a los derechos humanos cometidas por la dictadura, le está reconociendo una especial significación al acto de suicidio del presidente. Pero, evita interpretarlo directamente, con el objeto de no dignificar su figura, lo que a su vez resaltaría más aún el acto de traición y cobardía de los golpistas. Con ello, el Informe pretende ponerse nuevamente en un falso plano de objetividad.

Al tomar esta posición, la Comisión no se pronuncia sobre la justificación ética del suicidio mismo, sino sobre "la ilicitud de las causas que lo hacen explicable". Es evidente que desde estos criterios el caso Allende está excluido. A pesar que la

Comisión podría haberse pronunciado respecto a la ilicitud del acto que lo hace explicable: el golpe militar. No lo hace. Porque, como se deduce de su análisis, la profunda crisis que vivía el país lo justificaba.

Pero más adelante, establece una diferencia especial. "Es cierto que el caso de Salvador Allende no es distinto, en un sentido muy hondo, de tantos otros que ha visto esta Comisión. Su vida como toda vida, es insustituible en su esencial individualidad. El dolor de sus familiares merece todo respeto".

Da el pésame y basta. Pero continúa: "Sin embargo, es de toda evidencia que la investidura que detentaba, las circunstancias históricas de su deceso y las innegables connotaciones de su última determinación, confieren a su muerte una significación que escapa a las posibilidades y a los deberes que esta Comisión intenta elucidar". Este último le está confiriendo un claro reconocimiento al acto que lleva a la muerte del presidente de La República, pero algo hace que el gesto de reparación mínimo que se le debe al Presidente se detenga, se silencie, se omita. Y se concluye con un curioso y críptico juicio: "Su caso es singular, sin duda alguna".

¿Qué significa esto? ¿Qué quiere decir? Todo y nada, que es único, que es particular, pero, ¿en qué y por qué?

El suicidio de Allende aunque está directamente relacionado con la situación extrema vivida el 11 de septiembre de 1973, no es un acto de un hombre desesperado. Para comprender su significado hay que remitirse también a las últimas palabras que el Presidente le dirige al país.

Decisión Meditada

En este sentido, representa la decisión consciente y libre de la máxima autoridad política del país, que no evade su responsabilidad sino que la asume con su vida. Por eso, se está frente a un acto político, no existencial, respecto al cual cabe indicar que Allende no se da muerte a sí mismo sino que mata su representatividad: al presidente de la República.

La Comisión, según ella, no podía interpretar el significado del suicidio de Allende, y sin embargo, habían transcurrido diecisiete años desde su muerte hasta el momento en que ella dio estas explicaciones. Pensamos que es un deber ante el país, poner en evidencia la intencionalidad de ese acto de suicidio, que a diferencia de otros, no fue sólo encontrar la muerte, sino, dejar un mensaje con la magnitud de su gesto. Un mensaje para la historia de Chile, para el mundo, con su inmolación.

¿No debía la Comisión, haber hecho al menos, un simple recuerdo, aunque fuera de sus últimas palabras, para entender el significado de esta pérdida histórica, para comprender la conducta de Allende frente al acoso y la destrucción? No lo hizo. Intentaremos brevemente reconstruir esos momentos y recordar nosotros. Ya momentos antes del bombardeo de La Moneda, emite sentencias que señalan claramente cuál es su intención, su decisión. Había contestado al comandante Roberto Sánchez, edecán aéreo, quien hacía de intermediario del general Van Schouwen que ofrece al presidente un avión, de esta manera: "Comandante, dígame al general Van Shouwen, que el presidente de Chile no arranca en avión; que él sepa comportarse como soldado, que yo sabré cumplir como presidente de la República".

La dignificación del cargo. Un presidente de Chile no huye ni se esconde. En esta frase resalta, no sólo, su autoridad política, sino también, su enorme autoridad moral.

Más tarde, cuando desde un punto de vista militar, ha sido derrocado, Allende recibe la visita de sus edecanes, portadores de un mensaje de la Junta Militar, para que entregue el cargo y salve su vida. Su respuesta es categórica y enérgica: "Las Fuerzas Armadas han roto su tradición. No me rendiré, ni renunciaré. Quedan ustedes en libertad de acción, para reintegrarse a sus instituciones". Lo dicho es una acusación de ruptura, de traición a la historia para los militares y una afirmación de sus valores. No hay vacilación, ni menos hay duda de lo que hará.

Sacrificio consciente

Finalmente, en su último discurso, dice: "Seguramente esta sea la última oportunidad que pueda dirigirme a ustedes... Mis palabras no tienen amargura, sino decepción". Al decir esto, está resaltando ese sentimiento profundo que aparece frente a la mentira, frente al engaño, frente a conductas mal intencionadas o aún perversas del otro. Ese otro, en el cual había depositado toda su confianza, toda su credibilidad y que ahora, no sólo lo decepciona por el engaño, sino por lo indigno de su comportamiento.

"...Serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron". Su comportamiento de autodesignarse, de haber simulado ante él, amistad y más que ello, sumisión, de ahí las palabras que pronuncia, lentas, claras y ofensivamente: "general rastrero". Sus palabras son un castigo moral, no tiene otra forma de castigar y usa uno de sus dones más preciados, su capacidad de hablar, de transmitir, de comunicar ideas y sentimientos.

"Ante estos hechos sólo me cabe decirles a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo". Lo dice, lo proclama. Es un anuncio. Usará su vida, o más bien su muerte, como una ofrenda, para saldar el amor, el cariño, la lealtad de su pueblo. Pagar, no en el sentido de lo material, sino, en el dar, en el entregar, en el devolver al otro, todo lo que él le ha dado y casi, al final de su discurso, enumera a quién debe retribuir, con lo máspreciado: su vida.

"Me dirijo sobre todo a la modesta mujer de nuestra tierra, a la campesina que creyó en nosotros, a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de nuestra preocupación por los niños. Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días estuvieron trabajando contra la sedición auspiciada por los Colegios Profesionales... Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron, que entregaron su alegría y su espíritu de lucha. Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos..." Lo sabe, lo presiente y para salvarles a muchos la vida de la persecución y la muerte, obliga, suplica abandonar La Moneda, como lo hiciera con sus hijas y demás mujeres que lo acompañaban. Envía a parlamentar, parlamento que él sabía ya no tendría resultados posibles. Su suicidio sería más tarde, un mensaje. Pues el objetivo del suicida, no es sólo enfrentar la situación vital, psicológica o social en que él se encuentra, sino transformar su acto, en un mensaje hacia el "otro". Un mensaje deliberado y consciente, que le muestre al tercero, su abandono, su falta de amor, y en este caso, más que nada, la traición.

"Estas son mis últimas palabras. Tengo la certeza, de que mi sacrificio no será en vano; tengo la certeza de que, por lo menos, será una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición". Fue su mensaje final. Su suicidio cumpliría lo esperado por él, un llamado no sólo a los que lo habían traicionado y que no sólo deseaban terminar con él, sino también destruir todo lo que lo representaba, lo que lo simbolizaba.

Su acto no sólo quiere decir, yo me mato, porque ustedes me han traicionado, sino que más allá de ellos, que difícilmente entenderán jamás su significado, deja con su acción una tarea, no sólo para los militares sino para todos los chilenos. "Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos, no podrá ser segada definitivamente".

Además, en sus últimas palabras, da una lección histórica de una enorme trascendencia política, que el tiempo revelará, como verdaderas e indiscutibles: "En este momento definitivo, el último, en que yo pueda dirigirme a ustedes; quiero que aprovechen la lección: el capital foráneo, el imperialismo unido a la reacción, creó el clima, para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición, la que les señalara Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctima del mismo sector social, que hoy estará en sus casas, esperando reconquistar el poder, por mano ajena, para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios". Fue así y sigue siendo así. El sintetizó en siete líneas el origen y el futuro.

Momentos antes había dicho: "Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales, ni con el crimen, ni con la fuerza. La historia es nuestra y la hacen los pueblos", y luego advirtió: "El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse; el pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse". No quería para su pueblo esa conducta, ese sometimiento, ni el ruego ni la humillación, conducta que él nunca tuvo. Muy por el contrario, transmitió ese día varios mensajes, pero especialmente, el del orgullo de su vida y de su cargo. El suicidio de Allende no tuvo, ni tendrá jamás, "la función de huida" que cumplen con ese acto muchos de los que ponen por ellos mismos, fin a su vida. Muy por el contrario. Habló y actuó para quedarse.

Pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

